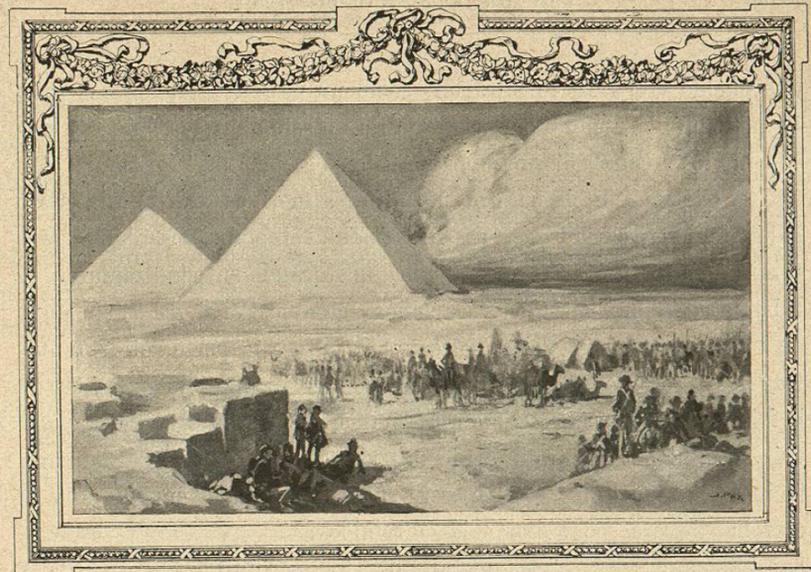


que expuso al célebre Carnot, á la sazón ministro de la Guerra, quien se maravilló del extraordinario talento que en el arte militar denotaba el joven general. En consecuencia, el gobierno aprobó unánimemente su plan de campaña, al paso que destituía del mando del ejército de Italia al general Scherer, nombrando para sustituirle al general Bonaparte.

Conocida de sobra es aquella campaña de Italia. Jamás como allí brilló tan esplendoroso el genio militar de Napoleón. Empezó por disciplinar mediante órdenes concisas y casi desdeñosas á los viejos generales, que, al verle tan joven y casi lampiño, le miraban sardónicamente. Acto seguido, dirigió á las tropas una de las más elocuentes arengas de cuantas salieron de su pluma. Empezaba así: «Soldados: Estáis desnudos y hambrientos; el gobierno os debe atrasos y no puede pagároslos. Admirables son la paciencia y el valor que demostráis en medio de estos peñascos, pero no os allegan gloria ni esplendor ninguno. Voy á conducirlos á las más fértiles llanuras del mundo...»

Los soldados, al oír aquella nueva voz que les hablaba en vibrante y casi profético lenguaje, comprendieron que tenían un caudillo capaz de llevarles á la victoria. Entonces comenzó aquella serie de triunfos que constituyen la más esclarecida gloria de Bonaparte: las batallas de Montenotte, Millésimo, Mondové, Lodi, Borghetto, Lonato, Castiglione, Arcola y Rívoli. Tres ejércitos austriacos quedaron vencidos y deshechos por fuerzas notablemente inferiores, pero dirigidas con táctica impecable. Después de la derrota de su cuarto ejército, puso Austria el quinto al mando del archiduque Carlos, hermano del emperador y el más hábil general del imperio. Napoleón le vence en un abrir y cerrar de ojos, le persigue y llega á la vista de Viena. Estupefacta y henchida de impotente rabia, la soberbia nación se ve forzada á firmar la paz de Campo-Formio.



#### CAPÍTULO XIV

##### EGIPTO. ÚLTIMA VISITA Á LA TIERRA NATIVA

Abatido el imperio austriaco, ya no tenía Napoleón ante sí quien pudiera amenazar la integridad de la nación francesa ni las libertades conquistadas por la revolución, más que Inglaterra, protectora de los conspiradores realistas y enemiga declarada del gobierno republicano. Era una enemiga temible, no sólo por lo difícil de atacarla directamente, sino además por sus cuantiosos recursos en dinero y por su proverbial tenacidad.

Sin embargo, quiso Napoleón herirla, y al efecto pensó en Egipto, con intento de cerrar el paso de las Indias é interrumpir el comercio inglés con aquel fertilísimo país, al mismo tiempo que podía fundar en él un gran imperio oriental si las circunstancias le favorecían.

El Directorio aceptó sin vacilar el plan que sobre esta idea había pergeñado Bonaparte, tanto más cuanto el héroe de Italia empezaba á despertar suspicacias entre los revolucionarios por el entusiasmo con

que pueblo y ejército le miraban, como un posible salvador del país. La petición del general fué por lo tanto no sólo otorgada sino recibida con júbilo, á causa de que de este modo se alejaba de Francia.

A Napoleón no le pasaron por alto los motivos que el Directorio había tenido para aprobar presurosamente el plan presentado, pero fingió no advertirlos, porque andaba madurando su pensamiento. Al cabo de pocos meses estaba ya dispuesta la expedición. El 29 de Mayo de 1798 zarparon de Tolón trece navíos de gran porte, otras tantas fragatas y setenta y dos buques menores, y apoderándose al paso de la isla de Malta, arribaron treinta y cinco días después ante Alejandría. Los mamelucos trataron de impedir el desembarco, pero fueron fácilmente rechazados, y el ejército francés, formado en columna de marcha, llega en ocho días á las Pirámides, en cuya llanura esperaban los mamelucos. El 21 de Julio de 1798 se libró la famosa batalla que puso en manos de Napoleón todo el Egipto. Sin embargo, Turquía había levantado un ejército que se acercaba por los caminos de Asia; pero Napoleón corre á su encuentro y lo aniquila en la batalla de Monte Tabor.

Gran contrariedad en estas victorias fué que Nelson destruyera la escuadra francesa en Abukir, pero Bonaparte y el ejército se conformaron al pensar que por entonces no habían de volver á Francia.

Les aguardaba un nuevo contratiempo. El general turco Ofezzar estaba refugiado en San Juan de Acre, y á pesar del largo cerco que Bonaparte le puso, no logró tomarla. Esto varió por completo los planes de Napoleón respecto á Egipto, pues si se hubiera rendido la plaza sitiada, otra muy distinta fuera la suerte de aquel país. Sin embargo, no por ello cejó en su empeño y al efecto trazó un nuevo plan de conquista adecuado á las circunstancias, pero todo quedó en proyecto á causa de las graves noticias recibidas de Francia, que le pusieron en la alternativa de escoger entre el imperio de Oriente y el de Occidente, pareciéndole más hacendera y preciosa la del segundo por la situación de Francia.

Se había formado otra alianza europea que, violando el tratado de Campo-Formio, ponía en peligro con la invasión de Italia la integridad de la patria. A mayor mal, el gobierno francés carecía de autoridad y estaba á merced de los partidos políticos. Estas graves noticias

sólo las supieron Bonaparte y su estado mayor, quienes se guardaron muy mucho de divulgarlas entre el ejército, á fin de no quebrantar la disciplina ni amilanar los ánimos.

En consecuencia, mandó Bonaparte al almirante Ganthaume que aprovisionara los buques para una larga travesía, y quince días después embarcó una parte del ejército, dejando la otra en ocupación del país al mando del general Kleber, con instrucciones reglamentadas



La procesión del Viernes Santo en Ajaccio (época actual).

para la buena marcha de la administración. No podía escoger Bonaparte otro general más á propósito, tanto por su valor como por su lealtad, mas por la prisa que le corría regresar á Francia, no pudo darle verbalmente las últimas órdenes. Bonaparte embarcó en la fragata *Muiron* con el general Berthier, el matemático Monge y el químico Berthollet. A bordo de la *Carrere* iban los generales Lannes, Murat, Marmont y algunos sabios, que, por afición al estudio, habían acompañado á los expedicionarios.

La travesía era muy peligrosa, pues la escuadra inglesa bloqueaba rigurosamente las costas egipcias, pero quiso la suerte que en aquella circunstancia estuviera en alta mar vigilando á los barcos